

El Verbo de tus ojos

El Verbo de tus ojos/ Miguel Ángel Montezanti
–1ª ed. Buenos Aires, 2013–

ISBN 978-987-1586-41-7

© Miguel Ángel Montezanti
© Huesos de jibia

Pasaje Robertson 522
(1406) C.A.B.A.

www.huesosdejibia.com.ar
huesosdejibia@gmail.com

Edición: Walter Cassara
Diseño de la colección: Nat Filippini

Diseño de tapa: Pedro José Giraldo
Fotografías de tapa: Graciela Prieto Photography
(www.gracieloprieto.com)
Maquetación: Maurice Brosandi
Corrección: Laura Gómez Palma

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Impreso en Argentina

MIGUEL ÁNGEL MONTEZANTI
El Verbo de tus ojos

Estudios de traducción

I

Hablar de yerba en Exeter College
tuvo no sé qué de contraimperialismo:
las torres y torretas ornamentadas
se asomaron desde sus alturas medievales
para oír, con el asombro displicente de sus siglos,
que se hablaba de otro verde:
no el de las campiñas inglesas,
no el de la heráldica,
ni el que, ceniciento, se refugia
en las cuevas de los arbotantes y las gárgolas.

Los bellos blasones de campos esmaltados
mutaron sus caras rampantes y aquilinas
al saber del ronroneo manso del mate.

La expositora, una polaca alta, blanca y delgada,
como la misma muerte de los románticos,
hablaba a su público de Rayuela:
Oliveira y la Maga, enredados en la liturgia del mate que nadie
[entiende;
Oliveira y la Maga toman mate pero no convidan.

Son ajenos y por tales los tienen.
Distinto hubiera sido en Buenos Aires.

¿Cómo traducir el mate y la yerba?
La voz de la polaca examina críticamente las opciones:
la nota al pie, que habla del *Ilex paraguensis* y de los guaraníes,
la glosa, el calco, el préstamo.

Alguien del público sugiere que se le agregue “té”.
Lo paro en seco: ¿qué tiene que ver el mate con el té?
¿Cómo entender el mate?
y sin él, ¿cómo entender Rayuela?

Cortázar, bonachón, malicioso,
es el más leído en Polonia –dice la polaca–
Y yo le encuentro un nicho, un lugar tibio, con su voz bien timbrada
[de barítono,
con sus erres arrastradas,
para instalarlo en St Mary’s College, o en St Magdalene’s o en St
[Michael’s;
el nicho que en la Biblioteca Bodleiana
tendrán que abrirle al glíglico.

II

The Rape of Lucrece me consume el seso,
Lucrecia, la más casta, ya es mi amante.
Yo le entrego mis horas más devotas.
Lucrecia está conmigo todo el tiempo.
Yo, que soy sedentario, viajé a Rodas
y al Partenón de Atenas. En la Acrópolis
Lucrecia me exigía nuevos versos,
una aliteración y un consonante
y una extraña metáfora y un sueño
y una descomunal mitología:
tapices donde indaga sus tormentos
Ilión ardiente, Hécuba transida.
Por sinuosas estrofas va Tarquino
a desflorar lenguajes. En su lecho
llora Lucrecia su luctuoso ultraje,
el vergonzante oprobio a Colatino,
la tierna compasión de la doncella.

Yo exploro las bisagras de la lengua:
retuerzo el castellano. Los pasillos
atajos, adjetivos, construcciones
de piedra que socavo lentamente
hasta alcanzar las claves más secretas
que recorren el cierre de una puerta:
una preposición, un pasadizo
en el castillo sólido de Shakespeare.

Lucrecia me acompaña por las huellas
polvorientas de pampas argentinas.
Ciclista solitario, entre mis cosas
viaja la estrofa diaria, una carilla
trasegada de arrugas. Pajonales
saben la historia del tapiz famoso
que Lucrecia contempla, maldiciendo
la crueldad impasible de los griegos
y la pasmosa veleidad de Helena.

Lucrecia pone fin a su desdicha
con la implacable daga. Mis palabras
se expanden en el amplio castellano
se contraen y se erizan. Complaciente
Don Miguel me contempla. Ríe un poco
de este nuevo Quijote, a quien el seso
le secan los pentámetros de Shakespeare.

Oxford

I

Matilda

Debió reinar Matilda en Inglaterra,
Lady of the English, no reconocida.
La estirpe de Guillermo, el gran normando,
la quiso emperatriz. En la espesura
puedo ver cómo un ángel se desliza
por el helado Támesis. Su veste
es blanca como nieve. Torre mustia,
cárcel de Oxford la acecha. No se angustia;
sabe Matilda su destino: es éste.
Matilda, fantasmal, sigue de prisa.
La temible prisión abrió su oscura
mandíbula. Ya el pueblo va alentando
a la reina sin reino, perseguida,
grande es tu corazón, nada te encierra.

II

Anne Greene

Ana Green fue una chica condenada a la horca
en la prisión de Oxford, la ciudad del estudio.
La ahorcaron acusada de dar muerte a su hijo
aunque probablemente el niño nació muerto.
La ahorcaron. Sus parientes tiraron de sus piernas
para ayudar la muerte. El juicio fue sumario,
Ana Green hasta el fin declaró su inocencia.
La bajaron. En Oxford deseaban su cadáver.
Los cuerpos de asesinos no dormían en la tierra,
eran despedazados para estudiar sus vísceras:

Así, con asesinos, creció la anatomía.
Las cátedras clamaban por nuevos cuerpos frescos.
Hogarth hizo un grabado de estas serias escenas.
Los cuerpos de asesinos no resucitarían:
era horrendo el castigo del hermano cainita.

En fin, ya preparados para el cadáver de Ana
el disector, las facas, estudiantes y perros,
hallaron que vivía: Ana no estaba muerta:
Gran escándalo en Oxford, la ciudad del estudio.
Dios la quería íntegra y en la hora que Él sabe.

Esas horcas fallaban. Ana Green fue curada
y se casó más tarde y parió sus tres hijos.
No sé más de la historia, pero sí me pregunto
de qué lado estaría si fuera juez del juicio:

¿Con los acusadores? Me da mucha vergüenza.
¿Con quienes estudiaban los cuerpos en las cátedras?
¿Cómo se hace la ciencia? Me da mucha vergüenza.
¿Con Hogarth, que ha grabado el atroz espectáculo?
Me da mucha vergüenza.

Pero te quiero, Ana,

y siento una alegría por tu vida salvada
por tus vértebras sanas y tu garganta lisa
y cerebro a tus hijos y a tu ignorado esposo
y a tu cuerpo y tu alma brillantes como estrellas.

III Rowland Jencks

Rowland Jencks, librero de Inglaterra
acusado de no ser protestante
o de católico beligerante
fue a parar al torreón que todo encierra.

Mil quinientas setenta y siete rejas
clausuraron su vida. Por los brazos
y las piernas, un cepo. Y con los mazos
clavaron a una tabla sus orejas.

En la corriente helada de la torre
tres días y noches se pasaba el reo;
nadie pudo saber si su deseo
era la muerte: el velo no se corre.

El caso es que si al fin sobrevivía
de ese juicio de Dios y de ese abismo
que las orejas se cortara él mismo
la sabia ley piadosa le exigía.

Y Jencks se las cortó. Treinta y tres años
siguió viviendo Jencks. Se fue a su casa.
Fue un error ahorrarle la mordaza
porque Jencks empezó a anunciar los daños:

Dijo al fiscal: ¿por qué me desintegras?
y al alguacil, al guardia y al jurado.
Con voz clara gritó el desorejado:
Mi juicio se escribió en sesiones negras.

Mi cuerpo se estremece en la tortura,
sin orejas estoy, órgano inerte,
pero de Uds. llevará la muerte
un despojo servil a la basura.

Fuertes palabras. Pero no quisieron
dar al sobreviviente nueva pena;
en buena ley salió de su cadena
y por tonto o por loco lo tuvieron.

Pero murieron todos. Apestados,
suicidas, o por fuerza o accidente:
el Támesis llevaba en su corriente
los cuerpos de los miembros desahuciados.

¿Qué importa si eran tres o eran trescientos?
La historia no se para en las minucias.
La estadística son meras argucias
sumadas o restadas con recuentos.

Los médicos de tiempos venideros
dijeron que fue el tifus; que los piojos
que habitaban los fétidos despojos
afectaron a guardias, carceleros,

alguaciles, fiscales, justos jueces,
cuantos formaron parte del proceso.
Puede ser. Si fue así, qué extraño es eso:
ni a niños ni a mujeres. Varios meses

siguió la muerte haciendo su tarea
pero no es ya la mía relatarla.
Sepa callar a tiempo aquél que parla
y piense lo que piense el que lo lea.

IV

Mary Blandy

Mary Blandy vivió en la cárcel de Oxford
pero la ahorcaron fuera. Parricidio
fue su cargo. El médico forense
halló en el cuerpo del difunto arsénico.
Mary Blandy amaba a Henry Craunstoun,
un escocés que amaba la bigamia.

El escocés dio largas al asunto
viajando a Escocia a liquidar sus cosas
y volviendo de Escocia igual que siempre.

Parece que le envió a la novia inglesa
una pócima dulcificadora,
tal que bebida por el terco suegro
ablandaría su ánimo enemigo
consintiendo el affaire de Mary Blandy.

Y ello le dio a beber. Y bebió el padre
y murió. La acusaron. Dejó escrita
una carta de amor y penitencia:
pide al padre perdón por el veneno
diciendo que creyó que era la pócima
que el dúplice escocés le encomendara.

¿Quién creerá a Mary Blandy? Yo me creo
que el padre le creyó en el otro mundo.
¿Alguno cree en el amor romántico?
Mary Blandy ha quedado suspendida.

V

Si mirás en el planisferio
el contorno de Inglaterra,
te parece (me parece)
una figura de ajedrez -un alfil, digo yo-
asentado sobre la testa ancha y generosa de Francia.

Sobre el mapamundi cambia un poco:
la necesaria rotación
le da un aire de soliviantada bataclana
en danza algo audaz sobre el océano.

Pero cuando la observás con más detenimiento
ves su sonrisa de bruja desdentada hacia el poniente:
mandíbula prógnata,
boca profunda, avejentada y siniestra.
Ahí, en esa mágica región de Tristán e Iseo
la horrible carcajada de la vieja
toda erizada y escamoteada
de escotaduras, gargantas y cuévanos,
extremosos en su afán y codicia,
mordiscos y manotazos lanzados
hacia el rombo un poco aburrido de Irlanda
que es como una cometa sin cola,
fácil bocado para la glotona.

Ella no está a gusto. No se conforma:
estira la pera barbuda y la nariz husmeante
a ver qué más puede mordisquear.
Es imbatible en esto
traga y fagocita la *buffera infernale*.

El mundo es pequeñito
para saciar las fauces de la Vieja.

Los íconos de Rodas

I

Es extraño. Argentino. Estoy en Rodas
con achaque de dar con mi escritura.
El mar me hace pensar en tantas naves
persas, griegos, malteses y otomanos.
El castillo brutal de los joanitas,
Caballeros de Rodas blasonados,
la acrópolis desnuda. Posidonio,
el polímata, el épico Apolonio.
La isla exhala historia. En su sagrado
templo por donde insólito transitas
han caminado el mármol los romanos;
cubrieron su lugar los arquitrabes.
Mi tierra me convoca de su hondura.
Yo bebo de mi tierra penas todas.

II

Desde la Casa de los Tres Mares
que está en la isla de Rodas
bajé un día por las escaleras
que conducen al mar azul profundo de los náufragos
y empecé a caminar por la costa asombrosa
hacia Iálisos,
pequeña población que se ve a la distancia.

De camino, que pasa por grandes peñascos
donde retoza el agua,
di con otra escalera
que llevaba a una gruta.

Las grutas de la Odisea me ganaron la imaginación.
Era, esperablemente, otro santuario de San Nicolás.
Entre unos cirios resplandecían los íconos
tan obsesivos como nuestros exvotos.

Pero los gobernaba el Pantócrator
como reina una estrella entre planetas:
la mirada dulce y severa,
el bigote un poco achinado
la mano derecha benediciente,
el imponente libro en la izquierda.

Las tapas relucen con ornamentaciones.
El libro está cerrado
para que Él lo abra y lo explique
como hizo con los rollos en la sinagoga.

El verde del manto
se cierra sobre el púrpura del vestido.

Al salir, el sol realizaba su alquimia milenaria.
A lo lejos, como cetáceos plácidos,
navegaban uno o dos cruceros turísticos.

En la gruta de San Nicolás
resplandecía el sol.

III

Una gruta cualquiera, el mar de Rodas:
puede que Poseidón la visitara,
está camino a Iálisos. Ostenta
íconos incesantes. Deslumbrados
por la luz del Egeo nuestros ojos

poco ven al principio. De repente
la luz se absorbe en uno. Este es el Cristo
Pantócrator. Me entrego y me resisto:
es imperioso y manso. Simplemente
yo te contemplo: el Verbo de tus ojos
aquí nos hace estar a los que estamos:
nos dice que esta tierra está redenta:
dice que en el misterio de tu cara
fueron hechas las cosas, por vos, todas.

IV

El Cristo Pantocrátor que preside
todos los templos de la iglesia griega
mira la eternidad. Sus grandes ojos
no dicen compasión ni sufrimiento.
En una de las manos, la escritura
de la Revelación muestra el misterio;
En la otra mano dedos bendicentes.
alargados, finísimos. Y sientes
el aroma punzante de un sahumerio.
El Cristo dejó atrás su sepultura,
el copioso sangrar del clavo cruento,
el via crucis de espinas y de abrojos.
No hay más. Reina el alfa y el omega.
Toda gloria en el ícono reside.

V

San Nicolás, en Rodas: una gruta,
apenas a la vera de un camino;
una escalera, flores, santarritas,
unos bancos, el humo de un sahumerio.

Entro en silencio. El mundo está callado;
centenares de íconos tapizan
las paredes rocosas. Voy despacio
conociéndolos. El iconostasio
deja ver nuevos Cristos. No agonizan:
miran la eternidad. Desde un costado
San Nicolás, sereno entre el misterio.
En soledad asoman infinitas
perplejidades de mi yo argentino
buscando nuevos mares, nueva ruta.

VI

San Nicolás de Licia es un santazo
(diría Castellani) de alma llena.
es patrón de las vírgenes y nautas
y hay quien dice también de los ladrones.
Nada oculta: el santo mira al frente.
Su rojo manto es majestuoso. Rusia
lo venera en sus templos. En Nicea
iluminó la fe su ardiente tea.
Nicolás desmontó toda la argucia.
de Arrio con el credo de occidente.
El oriente lo pone en sus pendones.
Es protector de ánimas incautas.
Santo de cuerpo entero. Gracia plena,
Nicolás poderoso. Fuerte brazo.

VII

Don Gregorio, el de Nacianzo,
tiene no sé qué de criollo
viejo en la estampa:

será la mirada puesta en el horizonte,
o la mano como para otorgar complacencia
a quien le pida,
la bendición, tata.
O tal vez sea el atuendo
tan blanco, que el iconógrafo
juntó nieve para pintarlo.
Esta clámide blanca
con unas cruces negras sobre ella
parece un poncho de los nuestros.

Yo me imagino a don Gregorio Nacianceno
con una voz grave y pausada,
amistosa con los amigos,
por ejemplo Basilio Magno,
con quien supo, es verdad,
estar un poco amoscado en un tiempo;
pero tremendo e implacable
cuando combatía al emperador Juliano
o a los seguidores de Arrio.

Gregorio se metió en aguas tan profundas
que ahogaban al Viejo de Hipona.
Nos ha dejado cosas
nada menos de la Trinidad
que no son para cualquiera.

Pero debía maliciarse, don Gregorio de Nacianzo,
que allí, en el rabito del mundo,
en la insoñada Argentina,
otros criollos
iban a abrir relicarios
para ponerlo
entre sus recuerdos.

VIII

Gregorio Nacianceno, qué sereno
te aparecés con espigada estampa.
Te sabe la ferviente Capadocia
combatiente sin tregua y provinciano.
Tus viajes y obispados, San Basilio,
renuncias y disputas. Tu doctrina
trinitaria, Gregorio gigantesco,
teólogo y asceta principesco.
Yo te pienso, Gregorio, en mi Argentina,
en esta tierra de perpetuo exilio:
miro y admiro el gesto de tu mano.
En mi mente tu manto se me asocia
con el sobrio rigor de un poncho pampa.
Gregorio, ora pro nobis, voz de trueno.

IX

San Teodosio

Teodosio contempla desde la eternidad,
tocado con una coraza que parece una mezquita.
De sus enormes orejas se desprenden
los blancos ríos de su barba,
que se cruzan con los pliegues negros del manto.
Con la delicadeza de siempre,
el anular flexionado
se inclina hacia el pulgar que le sale al encuentro
como dos reyes orientales.
En el levísimo punto de contacto,
entre las yemas surge el ósculo
que los otros dedos trinitarios
contemplan desde mayor altura.
Las obras visibles de Teodosio

van según ese orden ternario:
tres conventos y tres hospitales
cerca de Belén.

Tal vez el fuego que ardía en el pesebre
inflamaba el corazón de Teodosio.
Tal vez la mirada con la que sobrepasa
al que contempla su ícono,
busque en alguna cueva o portal
la figura del divino niño.
No importan las conjeturas.
Teodosio sella
el secreto de mi iconostasio
y abre con su mano benediciente
una pradera inmensa
hambrienta de semilla.

X

En Capadocia nace San Teodosio,
en Bizancio, que hoy viene a ser Turquía.
De niño lo consume la Escritura;
como Abrahán, adiós dice a su tierra.
El fuego del Señor nunca se apaga:
muy cerca de Belén el monje ilustre
se somete a la lanza de Longinos
que le descubre luz en sus caminos.
Vive Teodosio opaco. Mas su lustre
por las tierras remotas se propaga.
Él sabe de otras guerras, y esta guerra
se libra en su interior y de esa hondura
brotan conventos de sabiduría.
Teodosio reza y obra. Ése es su ocio.

XI

San Efrén

Efrén nos contempla desde la eternidad
con su rostro oscuro y su barba negra. En el iconostasio,
su figura, opaca y agrisada;
sin embargo Efrén es todo luz.

Los ejércitos invasores huyeron ante la plaga de moscas y mosquitos
que el nuevo Moisés urgió para expulsarlos de su Persia.

Efrén ha dejado varios miles de versos en siríaco
donde puede responder a los heresiarcas
o hacer exégesis de las escrituras
o cantar himnos a Dios y a Su Madre.
Edesa lo conoce por la profundidad de su verba.
En el humilde ícono de Efrén
no resplandecen ni sus *memré*, que eran encendidas homilías,
ni sus *midrashé*, que eran sus instrucciones;
pero hay algo que intuyo como franciscano en el ícono de Efrén:
una sobriedad y humor
que invitan a desistir de acartonamientos y durezas,
a pesar de las eremíticas disciplinas
que impuso a su alma y a su cuerpo.

Desde la remota Argentina
yo te saludo reverentemente,
San Efrén.

XII

San Efrén, el siríaco, es rehén
de Dios. En el Nísibe, de Persia
recibió su bautismo de Santiago
el obispo. Predica con poesía.

Su ícono es oscuro. Fue eremita.
Rechazó un obispado. Era el arpa
del Espíritu Santo. El sol de sirios.
Columna de la Iglesia y luz de cirios.
Quiso entregarse a Dios desde la escarpa.
Su vida es de palabra manuscrita.
Demuele paso a paso la herejía.
Yo traje a San Efrén para este pago.
Es fuerte y es humilde. Media y tercia
y ruega por nosotros, San Efrén.

XIII

Yo me siento en la acrópolis de Rodas
serena desnudez que quiere cielo,
apetencia severa de columnas
dos o tres, nada más, una truncada,
otras dos rematadas en triángulo,
simple resto de nave naufragada
cella en ruinas, piedras derrumbadas,
severo anfiteatro, templo de Helios,
estadio de la audaz Kalipateira,
pinos y santarritas, cielo puro
y el mar de Paulo, el turco y los templarios.
Mis brazos alzo al cielo: soy un templo
de mármol blanco, en ruinas, en ofrendas.
Rodeo con mis brazos el espacio:
soy un anfiteatro de dolores.